

Nada pura 100%

Javier Sáez Castán

Una odisea científica del profesor Campbell



ANAYA

1.ª edición: septiembre 2011

© Del texto e ilustraciones: Javier Sáez Castán 2011
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9422-0
Depósito legal: M. 28.851-2011
Impreso en ANZOS, S. L.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por
la Real Academia Española en la nueva *Ortografía*
de la lengua española, del año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Nada pura 100%

Javier Sáez Castán



Para Nadie

*El mundo está tan lleno de tantas cosas
que creo que todos hemos de ser
tan felices como reyes.*

R. L. STEVENSON





1 El bote

Una hermosa mañana de primavera, el Cerdito cogió su cartera y salió a hacer unos mandados. Como era diligente, terminó antes del mediodía. Pero la mañana era hermosa, así que tomó el camino largo, el del bosque, para volver a casa. Entre macizos de flores silvestres paseaba muy formal, sin nada que hacer, sin nada que pensar. De vez en cuando, si una polilla se posaba en su testuz, la espantaba. Y eso era todo.

Al dar la vuelta a un recodo del camino, se quedó parado. Había pasado muchas veces por ese sitio, pero nunca se había fijado como entonces en el simple espectáculo de la luz cayendo sobre las cosas. Las hojas de un chopo se transparentaban al sol, en contraste con la gran masa oscura de pinos al fondo. Muchos insectos brillantes zumbaban en el aire. Había muchas flores. Y cerca del arroyo, junto a un gran charco, se oxidaba un coche viejo. El Cerdito tuvo un raro pensamiento, como si le susurraran al

oído: «Todo lo que tenemos ante los ojos es una sola y misteriosa cosa, aunque utilicemos muchos nombres para referirnos a sus partes».

Luego se frotó el hocico y siguió caminando, pues no estaba acostumbrado a pensar tanto.

De repente, una figura apareció por el otro extremo del camino. Llevaba la librea habitual de un académico: levita parda y chistera, y una espesa barba blanca. Caminaba muy rápido. Cada uno de sus pasos era un tremendo acto de voluntad. Murmuraba:

—Considero que las tareas administrativas no son agradables ni importantes. Si me consagré a ellas, fue exclusivamente por sentido del deber. Lo único que de verdad cuenta es la Ciencia.

Se trataba del profesor Campbell, de la Institución Campbelliana. No era exagerado afirmar que este sabio era el hombre más ilustre en cientos de metros a la redonda. La sociedad científica a la que había consagrado los últimos veinte años tenía su sede en unos terrenos cercanos de su propiedad.

El Cerdito era tímido, pero servicial. Se puso de puntillas y preguntó:

—Profesor, ¿puedo ayudarle en algo?

El Profesor, dueño de una enorme fortaleza nerviosa, contestó sin mirarlo siquiera, como si conversara con su propia conciencia:

—El conflicto entre los deberes administrativos y los deseos de investigar ha dominado completamente mis pensamientos durante los últimos veinte años. Ahora com-



prendo que mi única ambición personal es consagrarme a la Ciencia Pura. Me parece extraño seguir al mando de esta vasta institución, cuando la investigación profunda me reclama. Pero ¿cómo abandonarlo todo, una vez se ha visto uno implicado en las responsabilidades de la dirección?

El Cerdito tartamudeó buscando una respuesta, sin conseguirlo. Por eso se alegró cuando un aparato de megafonía vino a interrumpir sus esfuerzos.

—Señora, Caballero, ha llegado el buhonero. La tienda en su casa, todos los productos químicos, de droguería y limpieza a mitad de precio, señora, aproveche la oportunidad, oiga.

El Profesor se quedó boquiabierto.

—Aguardaba un signo y ha llegado. Es verdaderamente providencial, precisamente ahora.

Luego salió disparado, levantando una nube de polvo. Pero no corría como el *hooligan* embriagado o el antropoide sin cerebro. Corría como el hombre consecuente que sale al encuentro de su destino.

El Cerdito salió detrás, zumbando. Conocía desde hacía años al Profesor, y secretamente aspiraba a ser su ayudante. A menudo se aproximaba a su propiedad y lo observaba cómo trasteaba en el patio del cobertizo, a través de la cerca. Con el tiempo se había familiarizado con su manera de ser. Sabía que poseía un exceso de energía que solía desbordarse sin razón aparente. Pero aquella carrera parecía excesiva. Debía de existir una razón poderosa que la justificara. Tratándose del Profesor, solo podía ser un problema científico de primer orden.

En un descampado próximo hallaron una camioneta de reparto. El público, si lo hubo, ya se había dispersado, y el vendedor comenzaba a recoger los expositores para ofrecer sus productos en otro sitio.

Por suerte, la mayor parte de las mercancías todavía aparecía a la vista, sobre una mesa plegable. El Profesor jadeaba cuando preguntó:

—En nombre de la Ciencia... ¿qué novedades tiene?

—Me quedan algunos botes de sifonol... plutano... algo de plastasio.

El Profesor lo miró gravemente:

—Tengo de todo eso. Por el bien de la Ciencia ¿no tiene nada más?

—Vaya, Nada precisamente sí me queda, un solo bote.

El buhonero sacó de alguna parte un bote plateado, de tamaño familiar, y lo sostuvo sobre la palma de su mano. En virtud de una rara habilidad, el bote daba vueltas lentamente, como si se hallase sobre un expositor giratorio. Sobre su pulida superficie, brillaban unas letras muy corrientes: NADA PURA 100%. Luego lo colocó encima de la mesa con contundencia. Pese al golpe, no produjo ningún sonido.

El Profesor examinó fascinado la superficie del bote. Primero se concentró en la lectura del rótulo. Luego, comenzó a cambiar imperceptiblemente de posición, como si tratara de escrutar significados ocultos en los reflejos del sol sobre el metal. El Cerdito pensó que el sabio llevaba mucho tiempo esperando ese momento.

—Un bote de Nada. Es extraordinario; llevaba tanto tiempo esperando este momento.

—¿Lo ve? —dijo el Cerdito triunfalmente—. ¡Es lo que yo estaba pensando!

La voz chillona del Cerdito pareció devolver al Profesor a las cosas terrenales. Como si lo viera por primera vez, el Profesor le preguntó:

—Y tú ¿quién eres, si se puede saber?

El Cerdito era tímido y se miró la punta de las patas.

—Yo... el Cerdito, su vecino. Muchas veces le veo practicar con sus experimentos, desde el otro lado de la cerca.

—Ah, sí, mis experimentos, claro. Pero, por cierto, ¿por qué tienes las orejas tíasas? Otros cerdos las tienen gachas, como los perros. —El Cerdito se encogió de hombros sin decir nada—. Bueno, otro día nos ocuparemos de eso, seguramente carece de importancia para la Ciencia. Ahora lo que cuenta es saldar la deuda contraída con este benefactor de la humanidad.

Así pues, se echó la mano al bolsillo y preguntó al vendedor:

—Señor, dígame qué le debo.

La sonrisa del profesional se extendió más hacia los lados, mostrando nuevos dientes ocultos hasta ese momento. Algunos brillaban, otros no. Finalmente, como una ventana al más allá, apareció el vacío de una muela perdida. El vendedor, lejos de intentar ocultarlo, se inclinó hacia el Profesor y le preguntó:

—¿Cómo voy a cobrarle por Nada? Ya le digo, es completamente gratis.

El Profesor apenas podía creerlo y comenzó a resoplar muy excitado:

—¿Gratis? Bueno, pues... ¡muchísimas gracias!

—¡De nada! —contestó el vendedor, y ambos rieron a la vez.

El Cerdito, por el contrario, permaneció sombrío. No podía quitar la vista del diente que le faltaba al vendedor. Por alguna razón, le hacía temer aciagos acontecimientos.